

GEDEÓN es el periódico de menos circulación de España

GEDEÓN



Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

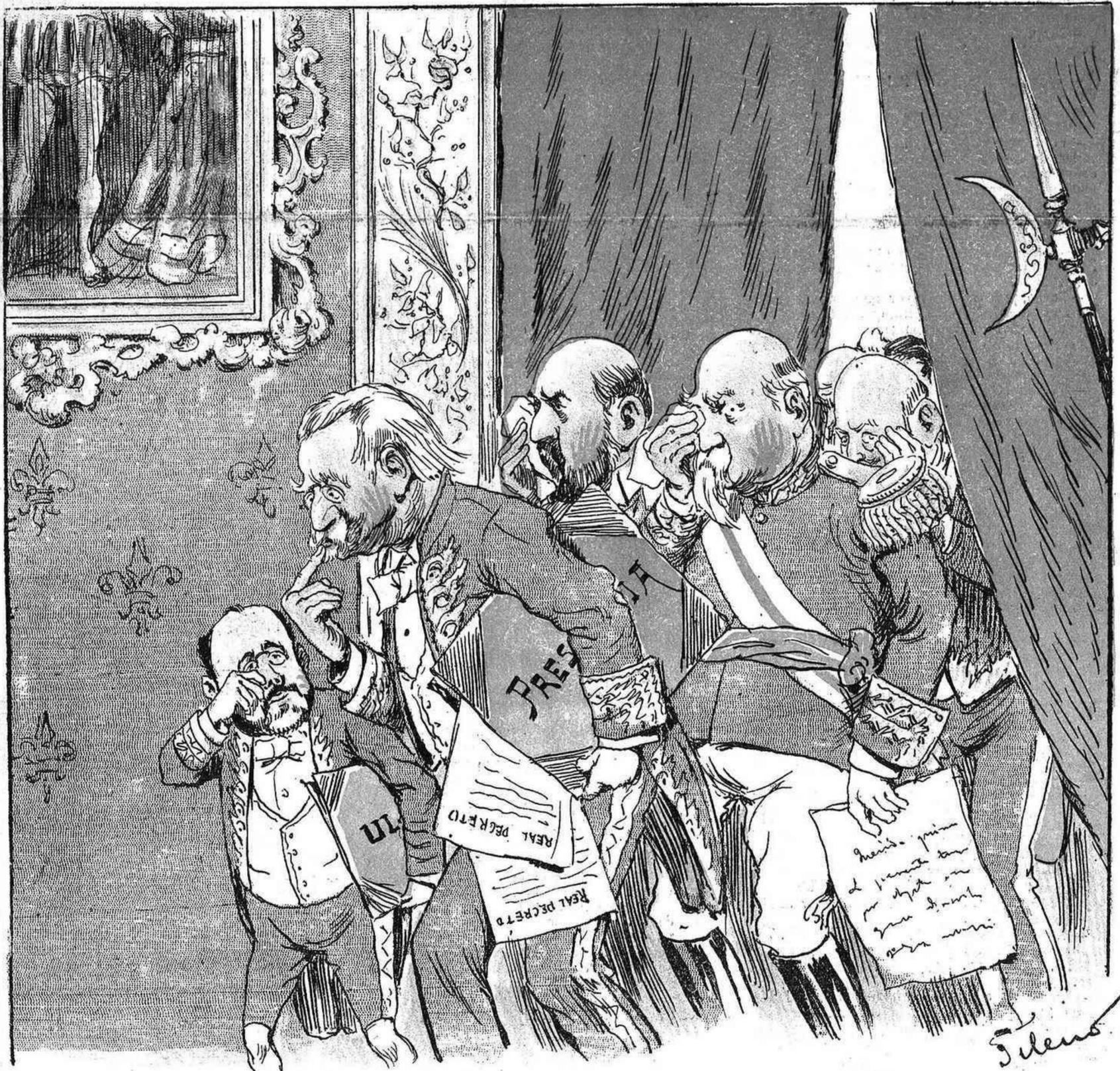
Madrid, trimestre.	1,50 pesetas
Año.	6
Provincias y Portugal, tri- mestre.	2
Año.	8
Número atrasado.	0,25
25 ejemplares.	1,50

AÑO 112

Madrid 18 de Marzo de 1902

NÚM. 71

AL SALIR DEL CONSEJO



MANOS BLANCAS NO OFENDEN

Jueves de Gedeón

—¿Qué haces, Gedeón?
 —Leo, mi querido Calínez; he cogido este Diccionario de Medicina y lo he abierto por la hache...
 —¿Estás constipado?
 —Y ¿qué tiene que ver el constipado con la hache?
 —Es que al decir ¡hache! creí que estornudabas.
 —Pues no, gracias á Dios; lo he abierto por esa letra para averiguar qué tratamiento tienen las enfermedades del hígado.
 —Cierra el diccionario, que yo te lo diré.
 —¿Tú sabes el tratamiento que tienen las enfermedades hepáticas?
 —Sí, tratamiento de Excelencia y marquesado encima; pero ¿tú padeces de eso?
 —De nada de eso, ni de marqués, ni de excelencia, ni de hígado por excelencia como podemos llamar, si te parece, á la viscera de actualidad.
 —Le llamaremos como á tí te parezca, mas yo creo que debemos llamarla por su inicial, sí, llamémosla H, porque esa actualidad, amigo Gedeón, se me antoja una actualidad relativa y algo remota; ya sabes que el agua pasada no mueve molino y que la bilis pasada tampoco mueve al gobierno conservador.
 —Convengo en ello, mi querido Calínez, pero ¿á tí no te chocan—y aquí era donde yo quería venir á parar—las vísceras de nuestros más ilustres caudillos? Tiempo hubo en que Martínez Campos padecía no sé si enfermedad ó disgusto cardíaco. Todos estamos pendientes de la sistole y de la diástole del general y sus corazonadas se hicieron célebres. Hoy, la misma enfermedad ó el mismo disgusto aparece en el hígado del general Polavieja y ya tú ves si el asunto ha dado que hablar, que comentar y que escribir.
 —¿Tú sabes por qué es eso, Gedeón? porque aquí nunca llamamos á las cosas por sus nombres. Si á los disgustos de Martínez Campos se les llamó *corazonadas* ¿por qué no hemos de llamar *higadadas* á los disgustos de Polavieja?
 —Porque eso encerraría mucha verdad, pero muy poco respeto para el gobierno.
 —Explicátele.
 —Decir las *higadadas* de Polavieja es como decir que á este general se le da una higa de los conservadores y ya ves que entonces la afirmación resultaría mucho más grave que la dolencia.
 —Pues ¿sabes lo que te digo? que si el general padece de eso, tan general es el paciente como la enfermedad, porque todos estamos enfermos de higadadas en el sentido anti-conservador que tú has dado á la palabreja; aquí hay muy pocos higados, y los pocos que hay están dañados y enfermos, hipertrofiados, llenos de grasa...
 —Vaya, Calínez, reflexión que yo no puedo tolar en mi presencia semejantes ataques al hígado del gobierno.
 —Bueno, pues con el mayor respeto para el gobierno y para tí, digo y repito, que aunque el general parece aliviado, no lo está; si la promesa ha sido un calmante, la dilación puede ser un revulsivo y un día de estos vendrá otro ataque.
 —Sí, ya lo sé, el de Imús.
 —No me refiero á ese, sino al patológico. Ya ves que prometer refuerzos para enviar luego dos docenas de soldados que cubran bajas...
 —Pero ¿qué ha de hacer el gobierno si le piden veinte batallones y él no cuenta más que con una compañía, con la Transatlántica?
 —¿Qué ha de hacer? No ponerle chinitas á Polavieja.
 —En eso no hace más que imitarle. Si el capitán general de Filipinas organizó una brigada de chinitos para el trasporte de víveres y municiones, el gobierno ha organizado otra brigada de chinitas para el trasporte de soldados al archipiélago. Además, ¿tú crees, Calínez de mi alma, que enviar soldados y dinero á Filipinas, es como enviar un encargo á Torrejón de Ardoz con el ordinario de Alcalá? Ahí tienes, sin ir más lejos, los disgustos que median estos días entre los ministros de Hacienda y Ultramar por causa del envío de plata al archipiélago.
 —Eso no me extraña, Gedeón. Si la plata ha sido el asunto de las conversaciones entre Navarro Reverter y Castellano, el rompimiento era de esperar, porque cuando se habla en plata todo son disgustos; pero te aseguro que esta es la primera noticia que tengo de todo ello.
 —Pues sí, el ministro de Hacienda quería enviar la plata poco á poco y sin acuñar, de cualquier manera ¡vamos! cómo quiere Cánovas enviar los refuerzos, mientras que Castellano—que como ministro «del ramo» que es, no es partidario de las flores sueltas y desperdigadas—deseaba que la remesa fuese pronto, de una vez y con toda regularidad; esos cuartos, según el ministro de Ultramar deben enviarse acuñados...
 —¿A cuñados suyos? Pero ¿también tiene D. Tomás parientes en Filipinas?
 —No, hombre, no. Las acuñadas eran las monedas.
 —Pues en ese caso, opino como el ministro de Ultramar. Los metales no deben enviarse en barras,

porque el paso de las barras es lo más peligroso de la navegación.
 —Sea lo que quiera, ello es que semejante discrepancia ministerial es el cuento ó chisme político del día, y que todos ven en tan lamentable episodio un recrudescimiento de la mutua antipatía que Castellano y Navarro Reverter se profesan.
 —¿Por qué razón?
 —Averigüelo Vargas ó Pepe Luis de Torres. Emulaciones de novato, pasioncillas, envidias en fin. Castellano envidia á Reverter su estatura y Reverter envidia á Castellano su pelo, ¿no es esto bastante?
 —Sí que lo es, pero yo que Cánovas recordaría á entrambos ministros que contra el vicio de la envidia está la virtud de la caridad.
 —Bueno, pero ya comprendes que ni el ministro de Hacienda ni el de Ultramar han de apelar á la caridad todavía; ¿qué sería entonces de nuestro crédito?
 —Tienes razón; lo que debe hacer Cánovas es otra cosa. Puesto que Castellano quiere estatura y Navarro Reverter quiere pelo, no hay más que llamar á los dos á un tiempo, echarle una peluca al ministro de Hacienda, levantar en el aire al ministro de Ultramar y se acabó la cuestión «de Oriente»; es decir, la cuestión de la crisis conservadora.
 —Que me place, Calínez; veo que entras por el buen camino. No faltaba más sino que por un quitame allá esos troqueles fuera á caer el Gobierno, ni siquiera á surgir una simple crisis ministerial. Precisamente la Casa de la Moneda es hoy fuente de alegrías, de dichas y placeres sin cuento; han empezado á acuñarse, las nuevas monedas de cien pesetas, y tú no sabes el gusto que da ver los hornos, los lingotes, los cospeles...
 —Ya lo creo; sobre todo para el Gobierno debe de ser un inmenso placer ese de verle la pinta al oro.
 —¿Por qué?
 —Porque hasta ahora no había visto más que la espada, y ya era hora de que cambiase el palo.

LOS INMORTALES DE GEDEÓN

HORACIO

Solvitur acris hiems vici veris et Favoni

(Oda IV, lib. I.)

El agrio invierno muere; soplando va Favonio: la joven primavera nos muestra su arrebol; la nave del Estado que rige don Antonio su proa opone al viento, sus mástiles al sol. Los *cándidos* borregos de *aguesta* mayoría se lanzan impacientes, se salen del redil; de entre ellos surgen varios que enorme algarabía levantan: de *aradores* les sobran más de mil. Los prados ya no cubre la plateada escarcha que luce en el cogote Navarro Reverter. Comprende don Antonio que ya *la cosa marcha*, que la hora va llegando, que se acabó *el poder*. La luna culminando (la luna de Valencia), coros de *ninfos* guía Silvela el decidor; con *Gracias...* de Guillermo celebran la ocurrencia danzando muy contentos del Monstruo en derredor. Las flores de don Segis, perenne primavera, multicolores brotan (alguna algo *fané*) y en esto forja rayos el ciclope Aguilera y Romanones *cita y alega y mete el pié*. Ornen los verdes mirtos la calva ó las guedejas de insignes fusionistas que á la que saite estan; Montero, Vega Armijo, Gamazo, Canalejas reemplazan á Tejada y á Cos y á Tetuán. En las umbrosas selvas, gozosos y rientes á Fauno... ó á don Práxedes debemos inocular un orondo cabrito... de los contribuyentes y si uno sabe á poco ¡qué diablo! ya habrá un par. La Parca, *vulgo*, el cese llamando esta á tus puertas, amable don Antonio, prepárate ¡oh dolor! que ella lo mismo pasa los quicios de las *Huertas* que las tabernas viles do anida el elector. La vida es suma breve; sobre ella una esperanza ni tú mismo debieras, Antonio, establecer. Ni Azcárraga siquiera para valerte alcanza: la noche ya le oprime como á otro Reverter. Tu reino es consumido: finaron los banquetes: finó el jamón en dulce, las pastas y el *champán*; Tejada y Castellano se miran los pobretes haciendo pucheritos, y gipa Tetuán. Llegó la primavera: con ella, don Antonio, te anuncia don Mateo de tu reinado el fin. Ya tu sillón acecha, como *su* patrimonio y Pablo Cruz la silla del tierno Morlesín. ¡Pobre Atanasio! ahora que jóvenes donceles miráblemente envidiosos, causándole rubor... ¡Todo pasó! En un punto cambiaron los papeles y si hoy todo va malo, muy pronto irá peor.

¡HÍGADO!

«Hígado (habla la Academia de la Lengua) m (no quiere decir *mu*, sino masculino). Entraña grande de figura irregular y de color rojo oscuro... Yo tengo una entraña grande de figura irregular y de color rojo oscuro, ¿sabes, niña, dónde está? Pues te lo diré continuando la lectura de la definición académica. «Situada (la entraña grande) *principalmente* en el hipocondrio derecho (¡caramba! ¿se puede situar

también en Parañaque?) y en la cual se hace la secreción de la bilis. (Harto lo sabe usted, don Antonio) met (no significa meter la pata, sino metafóricamente.) Animo, valentía. Se usa más comunmente en plural.»
 Muy bien, señora Academia. De modo que según usted, el general Polavieja, al hablar al gobierno metafóricamente, debería haberle dicho que tenía los hígados infartados.
 O de otra manera:
 «Los hígados infartados no me permiten montar á caballo.»
 ¡Se comprende!
 Pero sigamos con el hígado del general y el de la Academia. Dice la última:
 «Con lo que sana el hígado enferma la bolsa.»
 Por algo ha declarado D. Antonio en clase de académico de la Lengua: No quiero enviar más refuerzos á Filipinas, aun sabiendo que éstos desinfartarían el hígado del general, porque
 «con lo que sana el hígado se infarta la bolsa.»
 Y añade la Academia: ref (refrán) que manifiesta que las cosas importantes no se consiguen sin trabajo y costa.»
 ¿Qué será esto de costa?
 ¿Que lo explique, si lo sabe, el ministro de Marina!
 Adelante con los ref (refranes). *Lo que es bueno para el hígado es malo para el bazo*, ref con que se da á entender que lo que aprovecha para unas cosas suele dañar para otras.
 Ayer en la calle ví al señor Primo Rivera y llevaba el bazo fuera; ¡por eso le conocí!
 La Academia habla también en la definición trascrita de los hígadillos.
 Entrañas chicas, propias de los ministros de Ultramar. Las comen en Consejo los ministros de Hacienda.
 No, no esperen ustedes un poco. El *higadillo* tiene su correspondiente definición, que no va incluida, como por error acabo de decir, en la definición de Hígado, sino que figura aparte y dice de este modo: «Higadillo, m. Llamase así regularmente el hígado de las aves, peces y otros animales pequeños.» Nada de ministros, como ven los lectores.
 Aves, peces y animales que no firman credenciales, ni siquiera las de sus parientes.
 El ministro de Ultramar no puede, por lo tanto, tener hígadillos.
 ¡Ya nos lo figurábamos!
 El hígado, según Angel Muro, aunque él no lo dijese, se guisa de muy distintas maneras.
 Y el hígado más apetitoso es el de pato (Canard.) (Véanse diversos números de *El Imparcial* y de *El Heraldo de Madrid*.)
 El hígado enfermo que tanto ha llamado estos días la atención pública, va pareciéndonos á todos un Canard.
 Y el Consejo de Ministros lo cogió por su cuenta é hizo un pastel.
 Un pastel de foie-gras.
 A esto ha quedado reducida la política española. ¿Qué diría saliendo de su tumba el gran Felipe II si pudiera salir de ella y si pudiese hablar?
 —Morlesin, Morlesin, ¿gobiernas desde el escape-rate de Lhardy?
 Y respondería Atanasio:
 —No tanto, apreciable Monarca (como le llamarán algún día á Vuestra Majestad en la calle de Mesonero Romanos) gobierno desde casa de Botín.
 —Botín, Botín ¿dónde están esos Botines, coméis allí ú os calzáis?
 —Señor, está en la plaza de Herradores, pero comemos ¡Hígado! esclamaria mal humorado Felipe II volviéndose á su Parañaque, estos grandes estadistas todo lo hacen al revés. Allá se las compongan.
 Higadillo final.
 El general Polavieja sigue enfermo del hipocondrio.
 El general Primo de Rivera ha enfermado de la hipocondria.
 Nada más natural que la sucesión entre ambos generales.

POETAS DE LOS CANTARES

RAMÓN GUERRERO

Inauguramos esta sección que ha de ser muy del agrado del público.
 El cantar es el Tejada de Valdosera de la poesía. Menudo, intencionado, sentido, filosófico, todo cabe dentro de un cantar, incluso los ripios.
 Muchos poetas, como D. Ramón Guerrero, incapaces de hacer una silva, sobre todo en su teatro, han escrito delicadísimos cantares.
 Hoy nos honramos publicando los siguientes:
 Hijo, no salgas de casa, porque ya ha salido Lastres que oyendo decir que hay crisis no hay Dios que se le adelante.

Asómate á esa ventana;
verás á Gálvez Holguín
entrar en la Presidencia
entre la Guardia civil. (1)

El que nace pobre y feo
y se casa y es mogón
y se muere y se condena
¿qué le debe á Cos Gayón?
(Su voto después de muerto
en la próxima elección.)

A la puerta de la Carcel
no me vengas á llorar,
que te pareces á Bosch
predicando la moral.

En los relojes de *El Tiempo*
suenan las horas, don Paco,
y también suenan las medias,
pero no suenan los cuartos.

Yo me arrimé á Villaverde
por ver si me consolaba;
¡si no me separo pronto
me sucede una desgracia!

Estoy tan solo en el mundo
como el mismo Castelar;
sin amigos por delante
sin amigos por detrás.

Todos cubrirán la tasa
cuando arriendes los consumos:
si arrendases las narices
no la cubría ninguno.

¿Cómo no ha de prosperar
el tole-tole carlista
si anda aquí Peña Ramiro
levantando las partidas?

CUENTOS GEDEÓNICOS

(Al eminente escritor Don Eugenio Sellés.)

EL AMOR POR HÁBITO

Cómo se hace la boca á un chocolate

La Hortensia era una mujer ni fea ni hermosa.
Se la veía constantemente detrás de un mostrador de la
chocolatería de que estaba encargada, cortando mojicones,
apilando bizcochos, alineando pocillos, sin preocuparse gran
cosa de su belleza y atenta sólo á la buena marcha del esta-
blecimiento.

El chocolate de la Hortensia era nada más que mediano:
haciéndole favor, no pasaba de regular.

Cuando lo tomó por primera vez Fernando, lo juzgó tal
cual era en realidad; porque las cualidades aromáticas y de
sabor de un chocolate se gradúan con exactitud tomándolo
una vez, como las económicas tomándolo todos los días.

La costumbre de tomar una determinada clase de chocolate
siempre modifica injustamente el primer fallo, no porque han
cambiado los componentes de la pasta, sino porque cam-
bian las impresiones que ésta produce en el paladar.

Cuando se habituó al paladar á un chocolate malo, llega á
parecer pasadero y hasta chocolate.

Con una mujer que no es ni fea ni hermosa, pasa lo mismo:
á fuerza de verla, sobre todo si no se mira á ninguna otra,
llega á juzgársela una Venus.

Fernando vió en la Hortensia una mujer agradable pero
no excepcional, ni menos única, y en el chocolate que servían
allí, un chocolate que se podía tomar, pero no excepcional ni
menos hecho con cacao.

Como Hortensia tenía ángeles y por lo que le convenía, pro-
curaba estar bien con los parroquianos y como hay hombres
que todo lo convierten en sustancia, sucedió que Fernando
tomó la costumbre de ir todas las noches al establecimiento á
tomar chocolate y á timarse con la del mostrador; y se ha-
bituó á ello de tal modo que una noche que no fué, nuestro
hombre notó que le faltaba algo.

Y aquí empezó la transformación misteriosa del chocolate.
El paladar, embotado por la frecuencia de las mismas sen-
saciones, se hace insensible á los sabores desagradables. Del
famoso chocolate desaparecen las impurezas terreas y solo
queda el calorillo suave y el sabor dulce.

De tal modo se acostumbra Fernando á aquel brebaje, que
cuando le daban un chocolate bueno, no podía tomarlo. Le
sucedió algo parecido á lo que les pasa á algunos que han
estado muchos años en Filipinas: que al volver hallan horri-
blemente narigudas á las españolas... y se caen de espaldas
si ven al señor alcalde.

Cómo se hace la boca á otro chocolate

Fernando tuvo un desengaño que le hizo sospechar lo gro-
sero de la materia que entraba en la composición de su cho-
colate predilecto. Pero no se desengañó por eso: tener un des-
engaño y no desengañarse es de lo más modernista que se
conoce.

Había que cortar las corrientes eléctricas que fluían de las
miradas de la Hortensia y del chocolate con efluvios veneno-
sos y laxantes.

Fernando tuvo que residir dos meses en Sevilla y allí tomó
otro chocolate y miró á otra chocolatera. Al principio se le
hizo cuesta arriba, pero á los pocos días, tan guapamente.

Cuando volvió á Madrid ya no le gustaron ni Hortensia ni
su chocolate y juzgó que este no era más que una infusión
de polvos de ladrillo.

Se fué á otro establecimiento. Ni el chocolate ni la del mos-
trador eran como en Sevilla, pero podían pasar; á los ocho
días eran mucho mejores.

Y así sucesivamente.

(1) Como todos los que van á aquella casa, en cuyo por-
tal hace los honores la benemérita.

Cada vez que Fernando cambia de chocolatería, mira á la
del mostrador con indiferencia y toma el chocolate á la
fuerza.

Pero en cuanto se le hace la boca...
Porque casi toda la bondad del chocolate está en la cos-
tumbre de tomarlo. Cosa más inútil que el cacao...

BATIR DE ALAS

Compuéstelo ya el correspondiente á este número
lo retiramos por exceso de original. Irá en el próxi-
mo irremisiblemente.

GEDEÓN MORENO

Aunque el Teatro Conservador está para cerrarse
de un momento á otro, y quizá por esta misma cir-
cunstancia, el cartel se presenta variadísimo estos
días, menudean los beneficios y se suceden sin inte-
rrupción los estrenos para que nada quede en car-
tera.

Sin duda alguna, el acontecimiento principal de
este teatro es la *reprise* del gracioso sainete: *Amen*
ó *El ilustre enfermo*, cuyo ensayo general (en jefe) se
celebró en el último Consejo de Ministros *ocurrido*
en Palacio.

Con permiso de la empresa de la Comedia, los se-
ñores Castellano y Cánovas están ensayando la
aplaudida obra *El bajo y el principal*.

Varios concurrentes á la Huerta dan voces estos
días, ensayando sin duda el famoso tango de las
Polaviejas ricas de Cádiz.

En el Teatro Carlista siguen las representaciones
de *Tío, yo no he sido!*, desempeñando todos los pa-
peles los diputados del grupo tradicionalista.

El diestro *Guerrita* está de enhorabuena.
No solo seguirá toreando como hasta aquí en los
ruedos de Cuba y Filipinas, sino que ha sido contra-
tado para algunas plazas del Maestrazgo, de Catalu-
ña y de algunas ciudades francesas de la frontera.
Hay, pues, *Guerrita* para rato en todas las plazas
de la Península y coloniales.

Según noticias que tenemos de la isla de Creta,
las compañías extranjeras trabajan mucho en los
teatros de la capital, haciendo competencia á la
aplaudidísima compañía infantil griega, que sigue
representando con mucho éxito *Jorge el Armador*.

En Lara (el más chico de los teatros) y en el des-
pacho del Sr. Castellano (el más chico de los conse-
jeros de la Corona) sigue representándose con mu-
cho éxito el juguete cómico *Quisquillas*.

.... y armas al hombro

D. Segis el infatigable ha salido para Teruel.
Ya nos figuramos con qué designio.
Le habrán dicho que están allí los célebres Aman-
tes monificados.
Y D. Segis va en busca del *momio*.

Ya tienen los carlistas un oradorcito, á más del
oradorón Mella.

Es una criatura de pocos años que anda soltando
discursos por el Bajo Aragón, y a quien llaman de
mote *El niño Dios*.

Pues, ya saben los carlistas el refrán; quien con
niños se acuesta, Cerralbo amanece.

Por supuesto, que el chico ese tiene porvenir.
Como el carlismo anda tan mal de personajes...
y de personas, cuando llegue al poder, habrá de dar
al pequeñito ese algún ministerio.
Que probablemente será el de Ultramar.
Para aprovechar la *silla alta* de Castellano.

Los que todavía siguen con interés la campaña
cablegráfica del general Weyler dicen que, según su
último despacho, D. Valeriano saldrá muy pronto
de la Habana para dirigir las operaciones.

Va á volver el general (si vuelve) á España hecho
un calculista tremendo.

En la Habana, operaciones de suma y resta; en la
manigua ejercicios de división; allá, *partidas* de car-
go y data, acullá, *partidas* insurrectas...

Y el resultado de tanto ajetreó, ya se sabe; cero
al cociente, allí.

Y en la Península, cero al cocido.

Un señor director de un colegio de esta corte ha
tenido la satisfacción, según los diarios, de ver na-
cer á su vigésimo quinto hijo.

Nuestra enhorabuena á quien puede llamarse, no
director, sino padre de un colegio de primera y se-
gunda enseñanza.

A todo hay quien gane, Sr. Pidal.

Noticia de sociedad:

«Durante la cuaresma han suspendido sus recepciones la
señora condesa de Pardo Bazán y su hija la ilustre escritora.»

Lo comprendemos.
Como que á la «ilustre escritora» solo le interesa
una recepción.

La de la Academia.
Y para ésta es también época de ayuno.

Leo:

«En el café del Siglo de la calle Mayor se promo-
vió anoche á las diez un escándalo...»

No siga usté.
Sería mayúsculo.
Porque sería el escándalo del Siglo.

La agitación carlista:

«De Zaragoza dicen que á diario se celebran reuniones car-
listas en Alcañiz, Híjar, Calanda, Albalate, Castelserás y
otros pueblos, en los que se oyen gritos subversivos en la
plaza pública, especialmente en los días festivos.»

De modo que en el Bajo Aragón los días son de
dos clases.

Días laborables.
Y días laborantes.

Noticia de Sherman:

«Se ha despojado de su *jingoismo* senatorial, como hubiera
pedido hacerlo con un vestido usado, cuyos girones pueden
arrojarse á la calle.»

Ha hecho muy bien el flamante ministro nor-
teamericano.

Porque tiene de sobra trajes nuevos.
De corte español pero irreprochable.
Sobre todo, en las mangas.

Los carlistas disidentes en Cataluña:

«Ha regresado el reverendo P. Pico, comisionado por los
Tremendos para conferenciar con el pretendiente.»

—Oye, Piave, este Pico ¿es el de la Mirandola?
—No, el otro.
—¿Cuál?
—El de la *Esperandola*.

La campaña de Cuba:

«El ingreso en la Real Academia de Ciencias de la Habana
del inspector de Sanidad Militar del ejército de Cuba, D. Ce-
sareo Fernandez Losada, ha sido, como lo califica *El Diario*
del Ejército, un acontecimiento científico.»

Ya lo ven ustedes.

El inspector general de Sanidad Militar del Ejér-
cito de Cuba, se dedica á escribir discursos cientí-
ficos.

Facil es adivinar qué es lo que hará Weyler en
sus frecuentes viajes á la Habana.

Indudablemente, corregir las pruebas de algún
tomo de poesías.

Ya se va arreglando:

«Las grandes potencias deliberan en estos momentos acer-
ca de la proposición formulada por el conde de Moravieff de
enviar cada una de las mismas un cuerpo de ejército de 2.000
soldados, para ocupar efectivamente á Creta y arrojar de la
isla á las tropas griegas.»

¡Bonito ejército!
Dos mil soldados rusos.

Dos mil ingleses.

Dos mil alemanes.

Dos mil austriacos.

Dos mil franceses.

Y dos mil italianos.

¿Quién va á mandar en jefe á esos doce mil hom-
bres?

¡Como no sea Ollendorf!

Lo del día:

«Volviendo á hablar de los refuerzos, cuestión que hoy ha
sido objeto de grandes comentarios, por haberse dicho que el
Sr. Pidal había recibido un despacho del arzobispo de Manila
rogándole que gestione cerca del Gobierno para que se
manden los 20 batallones de que se han ocupado los corres-
ponsales, el Sr. Cánovas ha repetido que *por ahora* no piensa
el Gobierno en mandar mas fuerzas que las ya anunciadas.»

De modo que es el arzobispo de Manila quien
pide los refuerzos.

No podemos creer que lo haya hecho solicitado
por el general Polavieja.

Este, en todo caso, no apelaría al arzobispo.
Sino al Nuncio de S. S. en esta corte.

Noticia del lunes:

«A la una de la tarde se ha verificado en el paseo de Ato-
cha la revista general de todo el material del servicio de
limpiezas.»

Ya lo he conocido.
Había barro.

La dolencia hepática del general:

«Para lo que más le incomoda es para montar á caballo.»
Por eso el gobierno, en cuanto lo supo, quiso de-
jarlo á pie.

ECOS DEL PLANETA

Nada hay que instruya tanto como el conocer la vida íntima de nuestros grandes hombres. Para ello es inútil, según sabe todo el mundo, el sistema de la *interview*. Repetidas veces le han pedido á Gedeón sus declaraciones íntimas y siempre ha contestado nuestro querido jefe de manera que las tales confidencias han aparecido firmadas por D. Antonio Cánovas ó por D. Francisco Silvela ó por D. Nicolás Salmerón. A veces un simple pormenor de indumentaria, de gacronomía, de mueblaje tiene más alcance psicológico que todas las confidencias y declaraciones. Por eso, nos hemos propuesto averiguar menudencias de nuestros conspicuos para tener á ustedes al corriente.

Hasta ahora hemos logrado indagar lo que sigue:

Cómo duermen nuestros conspicuos.

D. Antonio Cánovas: sobre la derecha y con gorro turco, salvo las noches que conferencia con el ministro de Fomento.

D. Práxedes: con el clásico *bonnet de coton* del fusionismo. El histórico morrión, ya sin plumero, está debajo de la cama.

D. Emilio: con el ojo muy abierto.

D. Paco Silvela: con la sonrisa en los labios y la daga en la mesilla de noche.

D. Nicolás Salmerón: se arrulla á sí propio con un discurso de *precursor*.

Morlesín: á los pies de D. Antonio.

Campillo: en medio del más furioso temporal.

El Sr. Fernández Duro: echándose encima tomos de las *Disquisiciones náuticas*, en lugar de mantas de de Palencia.

Clarín: en un lecho de columnas salomónicas. Y es lo único que tiene de Salomón.

D. Aureliano: la discreción nos veda revelar el cómo, cuándo y demás pormenores.

D. Gaspar Núñez de Arce: perfuma el lecho antes y al tiempo de dormirse.

Rafael Guerra: ya pasaron los tiempos en que se dormía en la cuna.

El conde de Peña Ramiro: lleva no sé cuánto tiempo durmiéndose en la suerte.

José Fernández Bremón: es hombre muy dormilón, con muchísima razón. ¡Escribe en *La Ilustración*!

Castellano: son muchas las noches en que no le dejan dormir las lombrices. Para eso apanda los mejores golosinas.

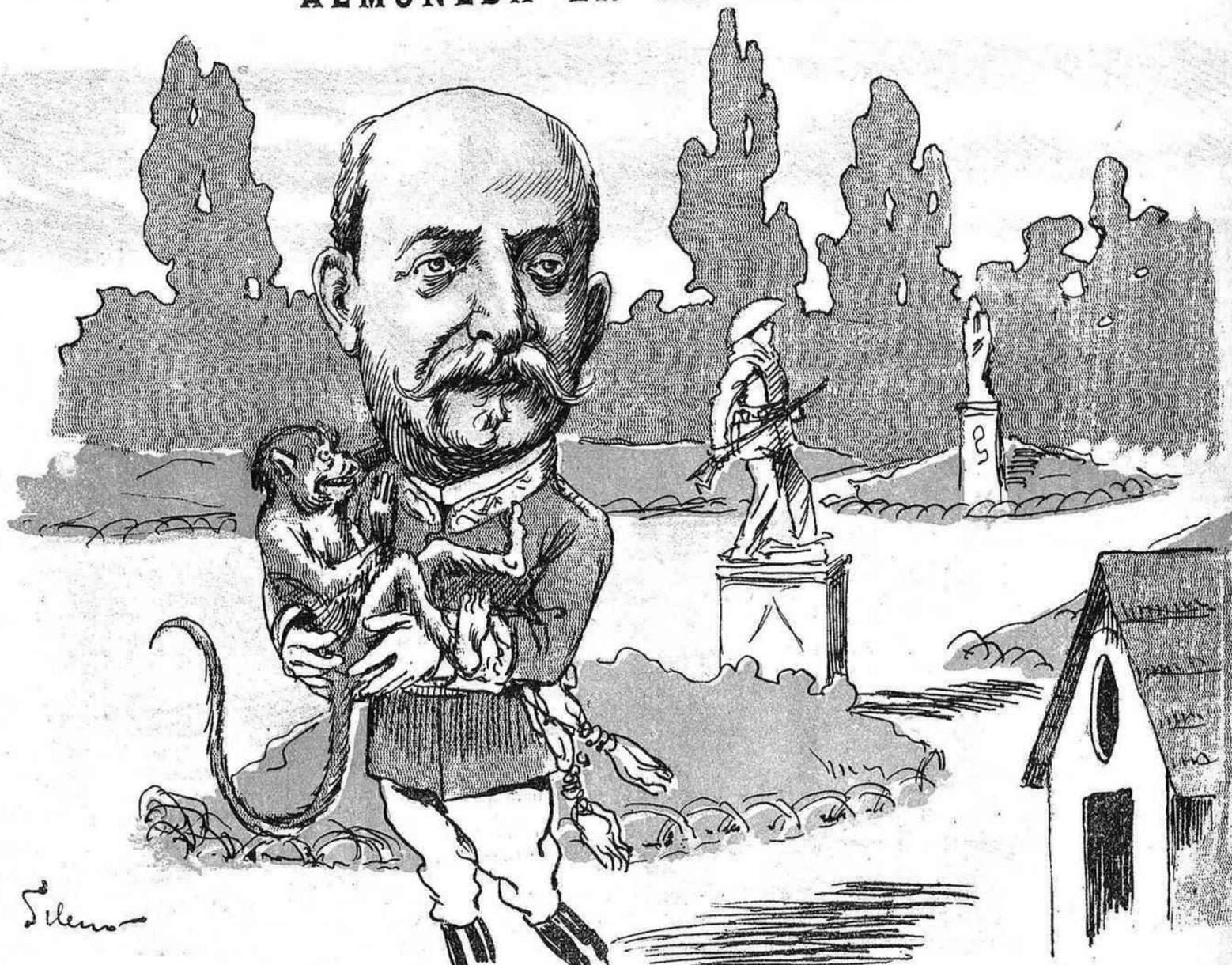
Díaz de Mendoza: no duerme... y lo comprendemos. Entre el canario de alcoba y los *ecos y resonancias* de Donato ronco, hay motivo suficiente para irse á América... como Zorrillo.

LA ÚLTIMA OBRA DE D. JUAN VALERA



«Genio y figura...»

ALMONEDA EN LA HUERTA



—Yo, por de pronto, me llevo el mico.

Grilo: duerme bien y hace dormir á cinco duros la... siesta.

D. José Canalejas: duerme con el *embozo hasta las cejas*.

Carvajal: es hombre que no se duerme en las pajas.

Balaguer: este no duerme, sino que *dormita*.

D. Emilio Mario: no duerme desde que le dijo al público:—*Callad, que no se despierte*.—Y en efecto, no se ha despertado todavía (el público).

Morote: ¡qué mal debe de haber dormido en Cuba y qué de pesadillas va á contarnos cuando vuelva!

Primo de Rivera: aún le dura el soponcio.

Weyler: este señor es la representación más adecuada de los *siete durmientes*.

FUTURA COMPAÑIA DEL REAL

La temporada del teatro Real terminó con *Los Payasos*.

La próxima, á petición de los abonados al palco de los ministros comenzará con la misma obra.

El actual empresario, que se propone, según parece, continuar al frente del regio coliseo el año que viene para presentar al público la ópera nueva *Sanson y Dalila*, se ha dirigido á diferentes personajes con objeto de que le indiquen los cantantes más de su gusto para contratarles enseguida.

He aquí las respuestas que ha recibido:

Cánovas del Castillo....	A mí la Pascua.
Castellano.....	Yo Tamagno.
Navarro Reverter.....	La Calvé.
Tejada de Valdosera....	Stagno, siempre Stagno.
Romero Robledo.....	Yo Ibós.
Campillo.....	Stampanoni.
Castelar.....	La Borghi-Mamo.
Moret.....	Garulli.
D. Martín Esteban.....	Silvestri.
Asmodeo.....	La Fossa (resucitada).
Manolito Paso.....	Viñas.
Polavieja.....	Metelio.
Weyler.....	La (Casi) Paccini.
Pi y Margall.....	La Nevada.
Villaverde.....	Potenza.
Silvela.....	Mastrobuono.
Fabié.....	La Gasull.